

CONFERENCIA SOBRE LOS ÁNGELES

Abdelmumin Aya

Hasta la llegada del Islâm a la península arábica, los árabes no creían en los ángeles. O mejor dicho, no sabían lo que eran. Creían en las energías sutiles que influían poderosamente en la vida del ser humano, como fuerzas de protección y de destrucción; y a estas fuerzas las llamaban *ÿinn* (genios). Con la llegada del Islâm, todo el mundo sutil y poderoso del genio se divide en energías benéficas (ángeles: *malâ'ika*) y en energías de destrucción (no necesariamente mala): *ÿinn* (genios). Tengo la certeza de que en esta distinción pesó mucho la herencia bíblica de Muhammad, o lo que es lo mismo: los ángeles es parte de lo que el Profeta aprendió de los judíos. Eso no quiere decir que el desarrollo posterior de la angeología islámica no sea fascinante y original, como trataré de mostraros, sino sólo que nuestro punto de partida es el Judaísmo. El que no reconoce a su madre es bastardo por decisión propia.

Para nosotros, los *malâ'ika* son los portadores del *amr* (orden, mandato). Son los encargados de que se cumpla la voluntad de Allâh. No son exactamente "seres individuales" sino manifestaciones del imperativo de Allâh. Por eso la tradición –tanto judía como islámica– ha dicho que son "seres sin espalda": son portadores de la orden de Allâh y por ello son continuamente creados por su Señor, incesantemente originados, para que no deje de ser ni por un instante cada mínima cosa del universo, y continuamente destruidos por su Señor.

El mundo es continuamente gracias a los ángeles. Eso no los hace necesariamente exteriores y, menos, ajenos al mundo. Voy a tratar de explicarme con una paradoja. Recuerdo cómo en cierta ocasión pregunté a uno de los sabios del Islâm que he tenido la fortuna de conocer:

– Los ángeles ¿son realidades exteriores al ser humano...? ¿o interiores a él?

Y él me contestó:

- ¿Cuál es la diferencia?

Desde el Islâm, no puede entenderse qué es un ángel sin comprender primero qué es el ser humano. De hecho, en el relato de la Creación los *malâ'ika* – palabra árabe para referirse a los ángeles– no se mencionan hasta que el ser

humano va a ser creado. Las fuentes judías han abierto el debate de por qué los ángeles no aparecen en el relato de la Creación. Lo cierto es que la primera mención de los ángeles, tanto en el Génesis como en el Corán, corresponde al momento en que el ser humano va a ser creado. Dios les comunica a los ángeles que el ser humano va a ser creado y se produce una diatriba entre ellos. En el Corán, le dicen a Allâh: “¿Por qué vas a crear lo que causa el desorden y vierte la sangre?”. A lo que Allâh contesta: “Yo sé lo que vosotros no sabéis”.

Lo cierto es que el ser humano es la Revelación del ángel. Y lo es precisamente porque es su perplejidad; el límite de su comprender y el colmo de su no-comprender. El ser humano desconcierta a los ángeles, como la Revelación desconcierta al ser humano. El ángel, no sólo no entiende por qué Allâh introduce el desorden en la Creación, sino que no entiende cómo es que luego le obligan a postrarse ante la causa de ese desorden. Con la aparición de Âdam, según el Corán, el ángel recibe una orden incomprendible de Allâh: postraos ante él. Postraos, como sólo debeis postraros ante Mí. Es ahí donde la capacidad de comprender del *malak* se quiebra. Y Allâh no les explica nada: no les aclara por qué tienen que hacer ante el ser humano el *suÿûd*, es decir, eso que nadie en la Creación puede hacer ante otra cosa que no sea Allâh. Con la aparición del ser humano, el *malak* se ve obligado al *suÿûd*; la no postración del Shaytân es también un signo que tenemos que desvelar. (el segundo kôan)¹ El signo que debe desvelar el ángel es su vinculación y su servicio al ser humano, ya veremos cómo a lo largo de esta conferencia. En último término, el ser humano va a ser la Revelación del ángel porque en la existencia del ser humano recibirá el ángel la comprensión de –ni más ni menos– hasta qué punto Dios necesita de la Creación.

Para asumir que no podemos entender qué es el ángel sin entender qué es el ser humano, el idioma árabe ha sido generoso en su literalidad. En los tratados clásicos de Sufismo, la Realidad se divide en tres niveles: el mundo de los seres humanos (*mulk*), el mundo de los ángeles (*malakût*) y el universo desde donde Allâh “obliga” (*ÿabara*) a las cosas a ser (*ÿabarût*). Quedémonos de momento con los dos primeros. El mundo de los seres humanos –denominado tradicionalmente *mulk*– y el mundo de los *malâ’ika* –que se ha llamado *malakût*– no son mundos diferentes, sino dos aspectos de lo mismo, es decir, del universo del gobierno de las cosas. Sólo tenemos que darnos cuenta de que la raíz de ambas palabras es la misma. Ambos mundos (*mulk* y *malakût*) responden a la tríltera árabe M-L-K, que hace alusión a poder, reino, gobierno (de ahí el término árabe *malik*, rey; en hebreo, *mélej*). En cierta ocasión le pregunté a un *shaij*, un maestro de Conocimiento, qué diferencia había entre *mulk* y *malakût* y me dijo esto:

El *mulk* no es algo substancialmente diferente al *malakût*. Como se

deduce de la propia plasmación árabe de ambas palabras, el *malakût* es el *mulk* “desarrollado”. Lo que se encuentra potencialmente en el *mulk* se da en acto en el *malakût*. El *malakût* es algo que está ya en germen en el *mulk*, integrándose el *mulk* en el *malakût* como -de alguna forma- la semilla está en el árbol que llega a ser. Es decir, el *malakût* es el *mulk* “desplegado”, con una dimensión más que le da profundidad y unidad; si el *mulk* es la superficie de la esfera, su cáscara (como la del huevo), el *malakût* es la esfera entera, todo el huevo.

Yo le pregunté entonces por el *yabarût* (lo que hemos dicho que es el universo exclusivo de Allâh), y me dijo:

El *yabarût* es la gallina.

La respuesta es un vértigo en sí misma. La gallina es lo que da origen al huevo. Pero, ¡Ojo!: ¡También es en lo que puede convertirse el huevo! ... ¡Esto sí que es un *kôan*!

Dejamos la visión del precipicio y volvemos a esa certeza que es la clave del desarrollo que hace la metafísica islámica sobre esta cuestión: la relación entre el ser humano y el ángel. Básicamente hemos encontrado dos teorías que la desarrollan. La primera es la de los maestros de Conocimiento cuando están cuerdos, o cuando así nos parecen:

1ª) El *mulk* es el universo del poder aparente del ser humano, el *malakût* es el universo del gobierno angélico; pero ambos universos pertenecen a la expansión natural del ser humano. El ser humano que se desenvuelve en el *mulk*, lo hace en el universo del poder aparente; pero el ser humano que trabaja desde el *malakût* deja que a través suyo se ejerza una voluntad auténtica de realización de las cosas que jamás relacionaríamos con lo que nosotros entendemos por “poder”. El místico participa de la cualidad de Allâh de «gobernar el mundo sin rozarlo». El conocimiento del *malakût* le brinda posibilidades de comprensión de las realidades aparentes así como del mundo de lo no-visto, con lo que su nivel de acción se incrementa. Hay quien piensa que el ascenso del místico es un ir desarraigándose de la naturaleza propia; como ya ha quedado expuesto anteriormente, es más bien al contrario: en el Islâm se considera que el místico es cada vez más humano a medida que va siendo cada vez mayor su nivel de acción. El nivel propio de la acción en el *mulk* es la acción individual, esto es, confrontante: “lo que me interesa es algo que a alguien perjudica”. El nivel propio de la acción desde la óptica del *malakût* es integrador de los intereses de una pluralidad de seres, incluyendo al que ejecuta la acción. Ése es el nivel angélico de actuación sobre el mundo: proyectar situaciones más fructíferas para todos los seres que lo que supone la

acción desde un nivel de proyección más limitada al individuo.

Pero los ángeles no son seres aparte de los seres humanos; son sus servidores: sus “potencialidades, talentos, disposiciones” (*malakât*). De todos aquellos que hayan llegado a un determinado nivel espiritual, a un grado de amplitud en el interés propuesto como objetivo de sus acciones, y por eso están a su servicio por la voluntad de Allâh los ángeles del nivel que les corresponda. Llamamos “ángel” a la posibilidad de ampliación de la realidad de tu “yo”. Vamos construyendo ángeles en nuestro crecimiento. Con cada nueva dimensión que logramos un *malak* (ángel) se transforma en *malaka* (cualidad). Creemos hacia los ángeles, abriéndonos espacio en su mundo y propiciando resonancias hacia lo infinito.

2ª) La segunda teoría es más extraña, más irreconocible desde la cordura. Es la de esos otros sabios han querido explicar el origen de los *malâ'ika* dentro de una óptica tal vez más unitaria (tal vez los mismos que los anteriores pero en estado de ebriedad espiritual).

Dicen que, después del *sujûd* que los *malâ'ika* prestaron al ser humano, Allâh lo nombra su califa y se oculta; y, en gran medida, se oculta en el propio ser humano; y que los *malâ'ika*, desde entonces, surgen de nuestros actos cuando somos aquello a lo que nuestra naturaleza aspira. No son enviados de un Señor remoto y distinto; los fabricamos nosotros con nuestra inocencia (*ijlâs*), y, cuando están fuera, pasan a amamantarnos... En realidad, *mulk* y *malakût* no son mundos sino grados de conciencia y, por eso mismo, grados de existencia.

Sea como sea, con la primera o la segunda explicación, creciendo hacia los ángeles o creando ángeles, lo que desde nuestro punto de vista está claro es que sin comprender a Âdam, el ser humano tal y como fue creado por Allâh, no podrá dársele paladeo alguno de la realidad de los *malâ'ika*. Entender qué son nos exige sumergirnos en la naturaleza interior del ser humano. Resumiéndolo en una frase, el ser humano es ahí donde tiene lugar la existencia. El Âdam es el aspecto exterior de la Creación completa y total – dentro de él, lagos, ríos, montañas, animales, vegetales... –. Y los *malâ'ika* son su esqueleto de luz: el aspecto interior, no-manifiesto de la Creación, del Âdam. Son la oportunidad que se ha dado a la parte sólida y espesa de la materia de interiorizarse hasta llegar a su naturaleza luminosa.

Si consideramos que el Âdam fue la culminación del universo antes de su “desobediencia” (más que la última criatura, la última fase de la Creación, el último círculo), nunca más consideraremos a los *malâ'ika* como ángeles externos a nosotros, sino como esa posibilidad que se nos da de ir

haciéndonos con nuestra fuerza interior, que tiene su reflejo en una mayor presencia nuestra en el universo que nos toca vivir. Integrar en nosotros un nuevo nivel de ángeles se paga al precio de ir dejando la dimensión de *nafs* (“yo”) que hasta ahora nos definía. Los intereses que hasta entonces ha tenido nuestra *nafs*, que ya los vivimos como pequeños, miserables, comparados con la anchura reciente de nuestro corazón, se nos hacen evidentes. Creces, entonces, con la fuerza del *malakût* (el mundo de los *malâ’ika*), con tus nuevas potencialidades y coges tu nueva *nafs*, la que es pareja al tamaño de tu corazón. (¿Es esto a lo que Jesús se refería con “Niégate a ti mismo?”)

En definitiva, lo que llamamos “ángel” es la intuición de que el ser humano no puede encerrarse en los objetivos de la vida (voluntad de supervivencia, voluntad de poder), sino que tiene que abrirse a un objetivo inconcebible... ¿El amor? No sabemos qué es el amor. Cuando decimos que Dios es amor no estamos definiendo a Dios, sino diciendo que no tenemos ni una remota idea de lo que es el amor..

Descendemos y concretamos. Los *malâ’ika* no son “criaturas” –seres concretos–, ni son objetos de fe, más que para aquel ser humano que ignore los mecanismos de su propio crecimiento espiritual. Los *malâ’ika* son sólo “exteriores” al ser humano en la medida que no haya llegado hasta ellos, que no haya conseguido todavía “hacerlos suyos”. Aceptarlos no es para nosotros una cuestión de fe sino de experiencia pura y desnuda; cuestión de sensibilidad espiritual. Porque los *malâ’ika* no son personajes de mitología que el dogma nos obligue a aceptar sino que son la urdimbre del Ser Humano; o, lo que es lo mismo, los mecanismos de nuestra experiencia de ensanchamiento interior, el modo que tienen el hombre y la mujer (en su expansión hacia Allâh) de hacerse con los hilos de luz que mueven el Universo.

El proceso angélico no nos ha llevado a Dios sino a la conciencia. La conciencia es tan sólo la de Âdam, la Humanidad completa y total y dentro de él la existencia. Nuestra conciencia es una experiencia de la Unidad de Dios. Âdam sería el que ha logrado poner a su servicio absolutamente todos los ángeles de la existencia. Âdam sería el que ha sido convocado hacia la luz y se le da como instrumento de su quehacer la luz. (¿Cuál es su quehacer? ir transformando la Realidad en Una). Su “yo”, ese “yo” que se extiende por el mundo angélico cada vez abarca más pero es menos. La conciencia se abre paso contra la identidad. Y, al final, en la cima del monte, nada ni nadie.